

moscovita emperador de todas las Rusias, una gran suma de todas estas, calificadas con los diversos adjetivos de pequeñas, blancas, negras, ó rojas, todavía yacen bajo el poder de Polonia, como el Báltico y el mar Negro, á que aspira también con iguales bríos, yacen bajo el poder de los reyes de Suecia y bajo el poder de los Kanés de Crimea. La fundación de Petersburgo, ciudad que hoy preside á todo el imperio moscovita, no quiere decir otra cosa con sus calles geométricas, y con sus monumentos regulares, parecida en todo á un cuartel de batallones conquistadores y á una oficina de burocratas arbitrarios, no quiere decir otra cosa en suma sino que Pedro el Grande ha vencido á Carlos XII de Suecia y apoderádose por tal victoria de las orillas del Báltico, entrando en este mar, que bien puede llamarse, por su importancia en nuestro planeta y por sus senos y abrigos varios, como le llama la geografia moderna, un Mediterráneo del Norte.

Lanzada Suecia de la Livonia, de la Estonia, de la Ingría, de una parte de la Karelia, de otra parte de la Finlandia, era preciso á Rusia, en tropel de victorias como le llegan á los comienzos del siglo décimo octavo, abrirse paso hasta el centro de nuestra Europa, siquier fuese pisando el yerto cadáver de Polonia. Lo primero que Rusia consiguió, fué la devolución de aquellos territorios, que los duques de Lituania le habían tomado y unido al reino de Polonia. Esta primera desmembración, que precedió, en cerca de treinta años, á la Revolución francesa, fué seguida por otra, consumada ya en el año clásico y más terrible de la espantosa y fecunda revolución. Mientras los convencionales descabezaban á los reyes, ¡ay! los reyes enterraban á Polonia. En 1793, puestos de acuerdo el emperador de Rusia y el rey de Prusia, consumaron el terrible crimen, iniciado varios lustros antes. Ya nada quedó casi de la primitiva nacionalidad. La Polonia, la pasaron á Rusia; mientras pasaban á Prusia los restos de aquel gran pueblo. Dos años más tarde ingresó el Austria misma en los convenios para la última repartición y se llamó á la parte, pidiendo que se tirase para ella también de la cuerda donde pendía Polonia. Entonces la destrucción final se perpetró. Rusia tomó lo que le plugo; Austria se alzó con la región llamada Galitzia, la cuna de Polonia; Pomerania pasó á formar parte de la Marca de Brandeburgo. Este crimen, del cual todos nos hemos dolido y que nadie ha castigado, crimen horrible nunca bastante maldecido por la historia, y que los déspotas perpretaron entre los horrores de la revolución, abre desgraciadamente bajo muy malos auspicios nuestro siglo.

Pero de todo ello resultan, crecimientos y crecimientos continuos para la grande Rusia. El mismo Czar, que había llegado hasta el mar Báltico, llega también hasta el mar de Azof. Aquel camino, por donde los tártaros y los mongoles vinieran tantas veces, en irrupciones tremendas, á la conquista del Oriente europeo, queda cerrado, quizás para siempre, por las razas arias boreales interpuestas allí en Crimea, y protectoras así, por manera muy eficaz, de la civilización occidental. Luchando unas veces con Turquía y entendiéndose otras en combinaciones muy difíciles de comprender y de reseñar ahora, el joven pueblo ruso pasó allende las orillas del Caspio, sometió el reino cristiano de Georgia, obtuvo una parte considerable de Persia, disciplinó las hordas kirguises, avanzó sus fronteras hasta el Pruth y el Danubio, cogió desde la desembocadura del Terek hasta la desembocadura del Kur, anexionó la Mingrelia y la Circasia, sumó en Armenia Batum y Kars á tantas conquistas, extendió sus dominios por la Mongolia y el Turkestan hasta la capital del gran Mogol, bebió las aguas del Oo tan deseadas por Alejandro y tuvo en tutela territorios como Kiva y Bokara, llegó por la ribera izquierda del Amor á China, mientras por Merú amenazó á Persia y por el Affghanistan á India, constituyendo con tantos territorios diversos, con tantas tribus varias, un imperio tan vasto y tan contradictorio, que, por una parte, lleva cultura y cultura superior á los bárbaros, mientras por otra parte amenaza con barbarie irremisiblemente á la civilización, y forma de tal suerte como una especie de alto é impenetrable misterio, cuyos futuros destinos, apenas presumibles, guarda como un secreto en sus altos designios la divina Providencia. Lo cierto es que, tras largo aislamiento, apartada tanto del Euxino como del Danubio por unos pueblos, apartada tanto del Báltico como del Elba por otros; sometida primero á los Pizarros y Corteses suecos; bautizada por mano de Constantinopla en fines del siglo décimo; descompuesta en feudos durante todo el siglo undécimo; caída bajo los tártaros en el siglo décimo tercio; conquistada por la Polonia y la Lituania; rehecha más tarde al rededor de Moscou, en combate continuo con turcos, germanos, poloneses, bárbaros de todas clases y reinos de todas suertes, sostiene hoy una política verdaderamente suya, política de guerra constante, la cual tiene por objeto único la conquista eterna de ciertos territorios, á cuyo logro se ha dirigido con tenacidad incontrastable y por cuyo logro se han visto sus soldados desde los muros de Constantinopla y desde los va-

lles de Cabul, hiriendo á Turquía y á Persia, y á India y á China, pero, en realidad, amenazando á Inglaterra en sus caminos del Oriente, al Austria en sus pretensiones antiguas sobre los pueblos tracios y en su dominio presente sobre los pueblos esclavones, á Germania, por una rivalidad secular, sin que nadie sepa con certidumbre á donde llegarán sus fuerzas y en donde se pararán sus ambiciones.

VIII

Otro de los grandes Estados constituidos por el espíritu moderno, y señalado con caracteres propios en este nuestro siglo, es el imperio alemán. Determina las fases naturales á la Edad media, tanto en Francia como en Alemania y en Italia, la repartición del gran imperio carlovingio, á fines del siglo noveno. Al reino salido de la desmembración llamada teutónica se le llamó reino alemán. Y este reino alemán tardó muy poco en someter, más ó menos directamente, las varias soberanías germánicas á su autoridad y soberanía superior, denominándose con mayores ó menores títulos el jefe suyo emperador electivo de Alemania y rey al par de Italia. Con estas dos pretensiones, con la pretensión de presidir los feudos germánicos y con la pretensión de reinar en el territorio italiano, la idea de un reino alemán se perdió por completo; y sus poseedores, obtenido el dictado de Césares en Alemania, pugnaron por obtener el dictado de semi-pontífices en Roma. Naturalmente, abarcando lo que abarcaban estos Césares, deseosos de poner sus coronas al nivel mismo de las tiaras, fomentaron mucho, por la inmensa variedad reinante de suyo en Germania, la división y la constitución en reinos, señoríos, feudos laicos y sacros, municipios libres, sobre todos los cuales ejercía el emperador una especie de irrisoria tutela. El reino de Germania resultó, por uno de los mayores contrasentidos que registra la historia, el imperio romano, el imperio de Occidente. Pero este imperio, por su misma extensión, no pudo impedir que Italia se constituyese aparte, que reinos como los de Hannover, Baviera y Sajonia brotasen á una en su mismo seno, que territorios suyos como la república de Holanda y Helvecia, constituyeran sociedades tan diversas del Estado interior, y que resultase, por todo esto, al fin y al cabo el sacratísimo imperio una especie de sombra majestuosa, en cuyos pliegues, como en los pliegues de un sudario, se ocul-

taban muchas ruínas, ó como en los cendales de inocente cuna, muchas promesas y muchas esperanzas.

Pocas regiones del mundo han sufrido tal número de cambios territoriales como Alemania. Diríanse de aluvión y acarreo sus formas y contenido geográfico, expuestos á continuas alteraciones por una inundación permanente. Las fronteras cambian con la misma facilidad que cambian también los internos organismos. La Lorena, la Alsacia, los principados rhinianos están sujetos á pasar unas veces de los alemanes á los francos y otras veces de los francos á los alemanes en remolinos continuos. Y lo que ha sucedido á Germania con las tierras que tocan á la vieja Francia, le ha sucedido también con las tierras que tocan á Borgoña, conmovidas todas ellas por alteraciones continuas. Baste decir que tal región, parte integrante de Alemania un día, concluyó por desaguar en Francia una porción de su gente y la otra por componer fracciones importantes de las tierras helvéticas. Y lo que ha pasado con la frontera de Francia, con la frontera de Suiza, con la frontera de Borgoña, también ha pasado con la frontera de Italia. Chiavenna unas veces ha pertenecido á Germania y otras veces á Italia; lo mismo que Trento, lo mismo que Verona. Pero lo más grave y trascendental entre las regiones, que han compuesto esa grandiosa Germania, son las Marcas, territorios levantados en las fronteras, con cierta extensión propia y ciertos jefes parecidos á nuestros antiguos Adelantados, y que ni bien eran duques ó marqueses feudales, ni bien soberanos perfectos. Mas la Marca de Brandeburgo ha constituido el reino prusiano, la Marca de Austria el imperio austriaco, la Marca danesa el Estado dinamarqués, y estas formaciones de tan extraordinaria importancia revelan los caracteres particularísimos á región por tal manera confusa, que llama unidad á un Estado so el cual hoy mismo reinan varios reyes y existen gobernándose á sí misma alguna que otra ciudad libre.

Las regiones se organizan siempre con arreglo á su finalidad social. Alemania debía germanizar varias tribus esclavonas, lanzadas así al Norte como al Oriente de su territorio, y subordinó á este fin capital todo su organismo. Necesitando invadir, y más que invadir todavía, transformar las regiones ocupadas por los eslavos al Oriente del río Elba, su Marca de Brandeburgo, su orden teutónica semejante á una legión de caballeros conquistadores, su ducado de Sajonia, su territorio de Holstein y de Meclen-